

diversidad de grupos y de instituciones, respeta la identidad de los individuos y afirma sus derechos.

Segundo, la política *no es democracia*. “[S]i bien la democracia, como movimiento social, es necesaria en casi todas las formas actuales de sistema político, si se concibe aislada y como una cuestión de principio, significa la destrucción de la política” (p. 63). La democracia puede llegar a estabilizar los regímenes libres, pero también puede reforzar a los despóticos y ha dado paso a los totalitarios.¹ Para Crick, la política se refiere, por principio, al ámbito de la libertad, y la democracia, al ámbito de la igualdad.

En tercer lugar, la política *no es nacionalismo*. “El nacionalismo [...] no se contenta con los sentimientos de legítima fidelidad al país, de loable orgullo por vivir donde se vive o por conocer las instituciones locales. El nacionalista quiere ser más

¹ Es interesante destacar la opinión del autor, que, aunque parezca lo contrario, no es para nada un antidemócrata, sino un realista: “Democracia debe ser la palabra más promiscua en el mundo de los asuntos públicos. Es la amante de todos y, aun así, consigue conservar su encanto, incluso cuando el enamorado ve que sus favores son compartidos por muchos otros que, desde su punto de vista, no los merece. De hecho, a pesar del dolor de que nos niegue su fidelidad exclusiva, nos enorgullecemos de su capacidad de adaptación a todo tipo de circunstancias y a todo tipo de compañías” (p. 63).

que el patriota y considera que la única patria que debe amarse es la nación” (p. 85). Esto nos lleva a que, en un clima nacionalista, se propicia que los aparatos públicos tengan una justificación (no racional, sino sentimental) para intervenir en la vida de los individuos, con lo cual se desdibuja el límite de la acción del Estado. La política, por el contrario, resulta ser una cortapisa del poder y no la razón para la arbitrariedad.

De igual manera, la política *no es la tecnología* (entendida como ciencia, o como administración pública). Para muchos, estar cercano a la ciencia, a la técnica, es alejarse de la política; pero en el fondo, imaginan que este distanciamiento podrá salvar a la humanidad de la incertidumbre de las decisiones políticas. Creen que el Estado (benefactor) está sólo para producir bienes sociales, para producir la felicidad. Sin embargo, el Estado “político” es protector de los derechos y árbitro entre intereses divergentes. Los lineamientos técnicos van a pasar por alto consideraciones políticas, sobre la manera de resolver las cosas: “La tecnología confunde el problema de la aplicación de los recursos con el de su distribución” (p. 122).

Por último, la política *no es sólo liberalismo, ni sólo conservadurismo, ni sólo socialismo*. El liberal contemporáneo cree en la coherencia de la opinión pública y subestima la fuerza de las pasiones políticas; es

tan celoso de la libertad que se olvida de utilizar el poder público para mantener las condiciones sociales. El conservador cree estar por encima de la política y, en esa medida, pretende conservar el orden, "prefiere arreglar los asuntos públicos en privado" (p. 138). Y el socialista, al afirmar que nunca cederá en sus ideales sociales, se condena a la frustración o al autoritarismo natural.

A todo esto, hace falta responder una interrogación: ¿qué es la política? Para Bernard Crick, dicho de manera muy abultada, la política es la actividad mediante la cual se concilian sin violencia los intereses de grupos divergentes en una entidad, otorgando a cada uno la parcela de poder proporcional a su importancia, y manteniendo una supervivencia con razonable tolerancia y solidaridad. De otra manera, la política es la ciencia de las ciencias: "se alía a la costumbre por razones de seguridad, pero también busca la compañía de la imaginación vivaz para vérselas con lo que la fortuna quiere ofrecerle" (p. 136). La política tiene dos grandes enemigos: "la indiferencia hacia el sufrimiento humano y la búsqueda pasional de la certeza en asuntos de naturaleza política" (p. 180).

En este sentido, la política es una actividad "civilizada", en términos de Norbert Elias. Pero la sociedad pacificada, donde ocurre la política libre, puede alcanzar un

precio muy elevado que no todos se inclinarían a pagar: "El precio más alto de la paz es renunciar a las esperanzas de obtener la victoria total, aceptar los límites del poder y hacérselo saber a los seguidores" (p. 288). Y el hecho de que haya quien se queje del precio es peligroso, pues acaba con la posibilidad de alcanzar una solución conciliada de los conflictos.

¿Por qué leer un libro que se escribió en 1962, hace cuatro décadas, en plena Guerra Fría? La respuesta obvia en nuestros días es que no habría que leerlo, pues si bien se ha ido completando con el tiempo (se han agregado cuatro nuevos capítulos), el argumento sigue siendo el mismo. Sin embargo, bien pensado, no me cabe duda de que resulta una lectura indispensable para quienes se quieren dedicar a los estudios políticos, y para quienes ya se dedican a ello.

La primera lección es perder el miedo a dedicarse a estudiar la política, pues no hay nada peor que vérselas con ésta. Hay que aceptar que el estudio de la política forma parte de ella, pues está dedicado a defender el ejercicio libre de la política; no de manera concreta, ni con una doctrina partidista. No existe una distinción absoluta entre el estudio y la práctica de la política. El problema es que, como todas las disciplinas sociales, la política se ha separado del debate público. No se estudia ciencia política para

tratar de contribuir y argumentar en el debate público; el profesionalismo se ha convertido en un fin en sí mismo. De nada sirve que en el libro se introduzcan, de manera disimulada, temas como las diferencias entre los regímenes totalitarios y los democráticos; el debate entre liberalismo y democracia; las perversidades de la opresión nacionalista o el crecimiento de la tecnocracia, si no participan en la construcción de las soluciones conciliadas.

Pero la segunda lección tiene que ver con un claro entendimiento de la política y su nueva conceptualización. En nuestro tiempo hay una queja, una incomodidad, con el

hecho del poder, con la política,² que se traduce en un desprestigio hacia el Estado. Esto da como resultado una situación riesgosa, pues hay un rechazo a los límites, a las exigencias, a la discriminación, a la autoridad en último sentido. Se ha olvidado que la política es la solución conciliada, negociada, de compromisos y responsabilidades para resolver los conflictos (nacionales e internacionales). Vemos hoy día que no recurrir a ella puede dar pie a cualquier tipo de salida, muchas veces por medio de la imposición. Lo más urgente en nuestros días es, por tanto, volver a la política.

² Las palabras clave de nuestro tiempo, ya sean dichas por legos o letrados, se refieren a esa incomodidad: tolerancia, libertad, democracia, democracia representativa, democracia directa, democracia democrática.